

Fui víctima de la violencia sexual y el narcotráfico de las Farc

Coronel Luis Alberto Villamarín Pulido

Ediciones LAVP

www.luisvillamarin.com

Fui víctima de la violencia sexual y el narcotráfico de las Farc

© Luis Alberto Villamarín Pulido

© Ediciones LAVP

Tel 9082624010

New York City USA

www.luisvillamarin.com

Email:

lualvipu@hotmail.com, lualvipu@gmail.com

info@luisvillamarin.com, villamarinluis@yahoo.com

Actualización octubre de 2020

ISBN: 9798559649993

Ediciones LAVP

Sin autorización escrita del autor, no se podrá reproducir este libro ni parcial ni totalmente, ni en ninguna de las formas impresas o electrónicas, de audio u otros medios de comercialización de libros. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley en Colombia.

INDICE

Preámbulo	4
Las desgracias nunca vienen solas	7
Ignorancia, Miseria y Violencia	31
En la caldera del diablo	46
La vida trae sorpresas	73
Una luz de esperanza	87
Por los senderos de la realidad	103
¿La verdad desconocida?	113
Reflexionando alrededor de la vida	118
Breve biografía del autor	127
Otras obras del autor	130

—

—

Preámbulo

—Acabo de leer algunos de los escritos de su autoría, relacionados con la violencia política en Colombia, quisiera que nos reunamos para narrarle en detalle, una historia verdadera llena de sacrificios, privaciones y desgracias, porque deseo que la plasme en un libro, que por su crudeza estoy segura despertará atención de sus lectores. Mi nombre es Deyanira Castaño, estudiante de Sociología en la Universidad Nacional—

—¿Desea usted escribir una novela o una crónica?—

—No, lo mío no es una novela. Es una verdad relatada en forma de autobiografía crítica y analítica, para que en el futuro, cuando sociólogos y sicólogos, investiguen orígenes, causas y el contexto integral de violencia que azota a Colombia, encuentren herramientas y datos medibles y verificables en todo el proceso de la conclusión científica en torno al tema—

—Lo vivido por cada persona arroja información suficiente para escribir un libro, que puede ser convertido en biografía, novela, reportaje, crónica, testimonio periodístico, etc.— repuso el interlocutor.

—Más que escribir un testimonio periodístico, la idea es plasmar en un relato pormenorizado muchos sucesos fuera de lo común dentro del esquema descriptivo de la literatura comercial, caracterizada por la ficción que se aleja de la realidad y que en forma consciente o inconsciente, separa al lector del mundo en que vive, con la circunstancia agravante de complemento, que la deshumanización halla allí, terreno abonado para cultivarse— contestó la voz llena de vitalidad de una joven al otro lado de la línea telefónica

—Entonces, vamos: manos a la obra—

El posterior relato de la joven que aquella tarde habló por teléfono con el oficial de inteligencia y contrainteligencia de la Quinta División del Ejército, es un vibrante testimonio, matizado con manifiesta seguridad en la voz.

Escuchado, redactado y aprobado por la relatora, el texto resultó ser un vibrante ejemplo de autosuperación, por demás, convertido en el libro de mi autoría, más leído por comunidades hispanas en Estados Unidos y Europa durante la década 2001-2010.

En ese orden de ideas, ***“Fui víctima de la violencia sexual y el narcotráfico de las Farc”*** escrito en el año de 1998 en la cálida ciudad de Neiva, condensa un testimonio desgarrador, impactante y veraz, que perfila los rasgos de la violencia intrafamiliar, como puntal básico de la violencia social, que afecta con marcada incidencia negativa a los campesinos colombianos.

La historia de la vida de cada ser humano en particular hace parte del complejo componente sociológico global. La novela difiere de la realidad, porque el novelista imagina y aproxima los hechos a lo que piensa o intuye pudo haber sucedido. El testimonio personal narrado sin prevenciones, arrolla con fuerza avasalladora.

Desde esa óptica, **Fui víctima de la violencia sexual y el narcotráfico de las Farc**, es un relato real carente de suposiciones, escrito en primera persona, para invitar los lectores a reflexionar en torno a otra realidad del campesinado colombiano, padecida en carne propia por los olvidados compatriotas quienes,

por ser labriegos, parecieran estar destinados a que se les observe como personas de baja categoría.

Desde otra perspectiva, la obra es una protesta que invita a reflexionar, en torno a las desigualdades sociales, aquellas que sumen a los campesinos colombianos en la ignorancia, la pobreza y la violencia, por lo tanto contiene elementos de guerra y paz, acumulados en la existencia de una inteligente e inquieta joven de origen campesino, que después de soportar crueles padecimientos, halló reposo solaz en los libros y en las aulas, para perdonar y quizás, empezar el difícil olvido de amargas experiencias, vividas al lado de quienes fueron sus verdugos durante más de tres lustros.

Ojalá que el contenido de este libro, sensibilice los espíritus y recuerde a los lectores con poder decisorio, la obligación que les asiste como funcionarios públicos que son, para propender por la educación integral de sus gobernados y así, evitar que la dramática senda de martirio transitada por Deyanira Castaño Perdomo, sea recorrida por cientos o quizás miles de campesinos que se encuentran inmersos en el mismo laberinto de violencia.

El autor

Las desgracias nunca vienen solas

—¿Cuál fue la para mí, aún inexplicada circunstancia que forzó a mi mamá, para que abandonara a sus hijos, cuando yo era aún una pequeña niña indefensa?—

—¿Ingresaría ella a las Farc en condición de enfermera, como se rumoró entonces? —

—¿O moriría asesinada por los narcotraficantes?—

—¿O contrataría mi padrastro a unos sicarios para asesinarla?—

—Si ella está viva, ¿cuál será el destino actual de su turbulenta existencia?—

— ¿Cuál es la razón para que por extraña coincidencia, las desgracias se ensañen contra quienes sufrimos dolorosos avatares del destino?—

—¿Por qué razón, viví tantos años enclaustrada en medio de la zozobra, la violencia y el sufrimiento?—

Estas y muchas otras preguntas, anotadas en una hoja de cuaderno suelta, revoloteaban por mi cerebro, con la agudeza que desprenden lacerantes cavilaciones, añadidas a las dificultades características en el curso de vidas humanas marcadas por el sino trágico.

Recapacité muchísimas veces, alrededor de aquellas dudas afines al mismo tema, resumido en una conclusión desgarradora: mi vida cambió a partir del nefasto día en que mi madre Alba María Perdomo, desapareció del puesto de salud de Remolino del

Caguán en el Caquetá, lugar donde trabajaba como enfermera para atender los primeros auxilios de los habitantes del pintoresco caserío, construido por colonos a orillas del caudaloso río que lleva el mismo nombre.

En aquel lejano y monótono poblado, donde los delincuentes de diversas pelambres hacen la ley a expensas de la fuerza bruta, con la humildad propia de su ignorancia, los campesinos, los cocaleros y los humildes habitantes en general, la llamaban doctora o médica, atribuyéndole un importante estatus social en pleno corazón de la calurosa manigua tropical. Interesada en narrar en detalle y con sentido crítico, episodios que pese a la dimensión del drama que ellos encierran, pasan las más de las veces inadvertidos para una sociedad descompuesta que perdió la capacidad de asombro, decidí hacer pública una parte de mi vida, cuyo común denominador fueron las crueldades, los sufrimientos y muchas adversidades, por fortuna superadas, o mejor dicho comenzadas a superarse.

Joven e ingenua, pero aguerrida, corajuda y laboriosa como es la conducta normal de todas las campesinas tolimenses, a muy temprana edad, mi madre Alba María Perdomo, se desposó con Antonio Rodríguez en la capilla de los fieles católicos en el municipio de Rioblanco (Tolima).

Como si el inicio de las desgracias que signaron su tempestuosa vida fuera el espacio abierto para la velocidad siniestra, mi madre quedó embarazada cuando acababa de cumplir 16 años. Nueve meses después nació José mi hermano mayor, hoy subofi-

cial retirado de la Policía Nacional, debido las heridas causadas en combate contra unos guerrilleros del Eln, durante el asalto al cuartel donde trabajaba en el nordeste antioqueño.

Un año más tarde, nació mi hermana Gloria Isabel. En realidad, mi madre no disfrutó de la luna de miel ni de la experiencia de compartir en pareja sueños juveniles, ilusiones o esperanzas cifradas. Aunque algunas dificultades de orden económico y de bienestar general rodeaban el entorno existencial de Alba María y Antonio, la primera familia compartió limitaciones iniciales, por suerte resueltas gracias al espíritu corporativo que caracteriza el comportamiento grupal de gentes de escasos recursos en nuestras áreas rurales.

Son personas que activamente viven el presente con base en el trabajo y la actividad colectiva; periodo en el que, con simultaneidad asombrosa, la mujer —reina y motor del hogar— es ama de casa, trabaja en las labores del campo, cocina, lava, plancha, cuida de los niños, atiende al esposo y fuera de eso, pare los hijos en condiciones rudimentarias.

El conjunto global de tales características, estructurales y repetitivas en la mujer campesina colombiana, corroboró también en su caso particular, que el matrimonio con Antonio significó para Alba María el comienzo del viacrucis, que poco a poco se prolongó como sombra ominosa sobre mí.

Al éxito económico inicial que mi madre tuvo al lado de Antonio, se adhirieron con energía negativa creciente, las tremendas gopizas que el energúmeno “*jefe del hogar*” le propinaba a la inde-

fensa madre, en presencia de mis hermanos mayores, que para la época eran casi bebés.

Las causas de la violencia y agresividad gravitaban siempre alrededor de los celos, la embriaguez y la irascibilidad, muy propios del primer verdugo de mi madre. Sin embargo, como usual actitud entre las mujeres campesinas colombianas, Alba María soportó con sumisión los arrebatos de machismo de su violento cónyuge, que en cada actuación olvidaba la condición femenina de su esposa para maltratarla sin misericordia.

Por azares del destino, correlacionados con la incipiente prosperidad económica de Antonio y Alba María, como si se tratara de un designio malévolo, irrumpió en el escenario del matrimonio campesino, el ambicioso agricultor y comerciante Raúl Avecio Castaño, primo-hermano de Ciro Castaño Trujillo, legendario guerrillero fundador de las Farc.

Ni ella ni nadie sospecharían, que la inesperada aparición, sería el preludio de una prolongada tortura para mi madre y con el transcurrir de los años para quien constituye el personaje central de un drama real, escrito con la fuerza del recuerdo ignominioso.

Tentado por el deseo de acrecentar los ingresos, y, tal vez ilusionado por la posibilidad de cambiar el rumbo de su vida a partir de la solidez económica, Antonio aceptó una oferta de Raúl para viajar al departamento del Caquetá, para instalarse allí a cultivar arroz, con excelentes perspectivas de inversión y supuestas ganancias económicas.

Todo lo planeado daba muestras de ser el abre bocas para un